

---

---

## VII

En los corrillos del Senado se susurró por centésima vez que Don Luis María de Agreda terciaría en la discusión de cierto proyecto de ley. El pobre señor lo deseaba con toda su alma, pero no se atrevía.

Todo el valor lo malgastaba en casa, unos ratos dando vueltas por el despacho como fiera enjaulada, y otros apoyado de codos en el respaldo de una butaca, que su imaginación convertía en tribuna. ¡Entonces si que se le venían á los labios períodos redondos, argumentos irrefutables, frases enérgicas, preguntas de las que no tienen respuesta, todo género de arranques oratorios, hasta que, agotadas las ideas y sin saber enlazar las palabras, tenía que callarse! Tal era la disposición de su ánimo cuando una tarde entró en

la biblioteca del Senado, huyendo de un noticiero que quería saber si era cierto que tuviese intención de hablar. Pepe, al verle entrar, se fué derecho á él, afectando mostrarse servicial, pero en realidad con propósito decidido de buscar manera de frecuentar su casa. El pretexto ya lo tenía pensado, y no era malo.

—¡Pero, hombre—le dijo cariñosamente Don Luis—es vd. famoso? Cumplió vd. bien conmigo, me arregló vd. la biblioteca, y ¡abur! no ha vuelto vd. á parecer; de modo que quien está en falta soy yo.

—No hablemos de eso, señor de Agreda, ya tendré yo el gusto de ir á saludarle y á recibir sus órdenes.

Después comenzó á poner en práctica un plan que días atrás se le había ocurrido, diciéndole:

—¿Conque va vd. á consumir un turno con motivo de ese proyecto de Fomento? ¿Desea vd. que le busque antecedentes? Ya es público que intervendrá vd. en el debate.

—Gracias, gracias; aún no estoy decidido.

Aquel hombre, discreto y cuerdo en todos los actos de su vida íntima, sintió una

turbación indefinible. Era, como Don Quijote razonable, sensato para todo, menos para aquella maldita manía oratoria que hacía en su cerebro oficio de libros de caballería, llevándole el magín de extravagancia y ambiciones.

—¿Conque se dice que hablaré?

—Sí, señor. Se da por seguro. Y, á propósito, voy á permitirle decir á vd. que acerca de la materia del debate hay aquí datos importantes. En tiempos anteriores á la Revolución, se trató de eso. Si vd no quiere molestarse, ó sus ocupaciones se lo impiden, podría yo tomar algunas notas y dárselas.

Al señor de Agreda un sudor se le iba y otro se le venía: aquello era como si en las calles se esperase ya su discurso. Las palabras de Pepe tenían algo de aura popular y mucho de tentación. Le faltó energía para confesar la verdad y contestar: "No señor, no hablo, ni soy capaz de hablar, ni me pasará la voz de la garganta." Lejos de esto, repuso débilmente, como luchando consigo mismo:

— Bueno, bueno; pues si en los *Diarios de Sesiones* hay algo de eso, yá me lo indicará vd., aunque yo tengo un arsenal de apun-

tes... La cuestión es antigua. Y a, hacia el año cincuenta y siete...

Salió de allí verdaderamente aterrado, sin querer pararse con nadie, temeroso de que le preguntaran: "¿Habla vd?" Se marchó á pie sin esperar el coche, y por las calles se dijo á sí propio el más elocuente discurso que ha oído Cámaras en el mundo. Pepe, al verle partir no pudo reprimir el gozo:

—¡Ya lo creo que volveré á verla!

Durante varios días se dedicó á rebuscar antecedentes relativos á aquel proyecto de reformas en Fomento, y en unas cuantas cuartillas anotó todo lo pertinente al caso: disposiciones análogas, decretos contrarios, intentos parecidos, opiniones de hombres políticos, contradicciones de unos, disidencias de otros, y ordenándolo formó un conjunto heterogéneo, especie de historia de la cuestión tratada, lista de elogios, censuras, inconvenientes y ventajas de lo proyectado, que parecía fruto de una laboriosidad constante, signo de larga atención y gran conocimiento de la materia; lo que se llama un trabajo concienzudo. No faltaba sino estudiarlo primero y aprovecharlo luego, decidiéndose á defender las disposiciones hechas en unas ú

otras épocas. Después, todo era cuestión de atrevimiento y desparpajo para hilvanar cuatro párrafos sobre la buena fe ó la malicia del gobierno, según el punto de vista que se tomara.

Al quinto día de haber estado don Luis en la biblototeca del Senado, le esperó Pepe en un pasillo.

—¡Señor de Agreda!

—¡Ah! caramba, ¡ya no me acordaba! (Esta era la más desenfundada mentira que salió de sus labios.)

--He reunido infinidad de datos que pueden ser á vd. de gran utilidad.

—Poco hay que yo no conozca; pero en fin, lo agradezco mucho.... ¿Tiene vd. ahí los apuntes.

Pepe llevaba las cuartillas en el bolsillo, más no le convenia dárselas allí.

—No, señor, no las he traído. ¿Qué necesidad tiene nadie de enterarse? Además, para ahorrar á vd. trabajo material, que es lo único que yo puedo hacer, bueno será que, con los papeles en la mano, le indique el origen de ciertas cosas, para que vd. no se mortifique.--Dicho esto, esperó impaciente la respuesta.

—Vaya, vaya... Pues mañana por la mañana, á la hora que solia vd. ir antes, le espero en casa. Tiene vd. razón, no hace falta que se sepa...

Por su gusto, le hubiese citado para aquella noche, ó se le hubiera llevado en seguida á un café, á cualquier parte. Cuando, de allí á poco, entró en el salón de sesiones, no podía coordinar las ideas. Lo que habia hecho Pepe le indicaba que las gentes contaban con un discurso suyo. No era ilusión; no estaba representando un papel de comedia, sino dentro de la realidad. Se sentó en su escaño habitual, y sin oír nada de lo que sus compañeros discutieron aquella tarde, se preguntó con el pensamiento más de cien veces:—“¿Qué habrá hecho ese muchacho?”

A la hora de comer dijo á su hija:

—Creo que me van á comprometer para que hable. Por supuesto, que no me cogerán desprevenido. Mañana puede que venga á traerme unos datos que he tomado en la biblioteca aquel muchacho que arregló los libros.

Paz le oyó entre turbada y contenta, pero su alegría fué mayor que su inquietud.

A la hora fijada estaba allí Pepe, con su

línea de conducta trazada de antemano, como general que, tras madurar un plan de batalla, se decide á realizarlo. Le era preciso extremar la astucia puesta en juego para frecuentar la casa hasta obtener dos cosas: primera, ver á Paz y estudiar en su rostro la impresión que produjera su presencia; y segunda, si la muchacha no mostraba enojo, procurar por todos los medios imaginables que le quedara franca la entrada. Harto sabia que á título de amigo, como visita, de igual á igual, nunca le admitirían: pero ¿qué le importaba si conseguía ver á Paz y salir de dudas? Don Luis le recibió en el de pacho. Sobre una de las butacas se veían un periódico de modas y un cestito de labor.—“Esto es de ella”—imaginó Pepe, y este *ella* que subrayó con el pensamiento, le pareció ambiciosamente ridículo.

—Vamos á ver—dijo Don Luis entrando—ante todo, agradezco muy de veras su atención: pero dudo que hayamos encontrado algo nuevo. ¡He estudiado tanto el asunto!

—Aquí tiene usted,—contestó Pepe entregándole las cuartillas.

—Siéntese usted. un momento.

El senador comenzó á leer para sí, y su

fisonomía fué tomando una expresión indefinible: pugnaba por disimular la emoción y no podía. Debió sentir que los ojos se le animaban y, para disfrazar aquel signo de agrado, frunció el entrecejo, aunque murmurando: “sí, sí, aquí veo algo nuevo.” Luego prosiguió devorando renglones; pero cada instante le era más imposible sofocar el gozo y, temiendo que se lo conocieran en la cara, dejó de leer.

—Basta, tengo bastante; lo agradezco muchísimo; aprovecharé algo, si señor; ¡vaya si aprovecharé!

Pepe casi no le oía. ¿Se perdería su astucia? ¿No aparecía Paz por allí?

—Quisiera que observase usted,—dijo, por alargar la entrevista—que he procurado reunir todo lo que se habló al iniciarse hace años el proyecto: aquí está lo que propuso Gorzález Brabo... esto es Bravo Murillo, estas notas de Clavo Asencio....

Don Luis tuvo que suspender la lectura: cada cuartilla se le antojaba un billete de entrada á la inmortalidad ¡Vaya si hablaría! Del hombre estimado sólo por consecuente, iba á surgir el orador.

Oyóse en esto ruido de pasos, y se asomó

Paz á la puerta del despacho, á tiempo que su padre repetía:

—Gracias, muchas gracias.

—No sé de qué se trata— dijo ella entonces á Pepe;— pero yo también se las Joy á vd.

Don Luis cogió de nuevo los papeles, que parecían tener imán para sus manos y, entre tanto, los muchachos se miraron en silencio. Pepe arrojó con franqueza la mirada de Paz. ¡Cuánto hubiera dado en aquel instante por poder decirla con los ojos todo el tropel de ideas vanidosas, de ambiciones absurdas que habían anidado en su pensamiento, sin callarla nada, miedo, esperanza ni pobreza! Paz tuvo que disimular su alegría, por no aparecer desapudorada; mas no hizo mohín de disgusto ni frunció siquiera el lindo entrecejo. Para ninguno de ambos era ya secreto la atracción que habían ejercido uno sobre otro.

—Sí, señor; de esto se puede sacar par ido —murmuraba Don Luis.

Pepe, que se resistía á marcharse sin dar cima á sus propósitos, trató de prolongar la visita y, mirando hacia el cuarto de los libros, repuso:

—Quisiera concluir de arreglar aquí algo que o'vidé dias pasados.

—Haga vd. lo que guste.

Pepe pasó á la pieza contigua, y Don Luis, sin poderse contener, hojeó de nuevo las cuartillas. Paz dejó transcurrir unos minutos, y en seguida entró también á la estancia inmediata. Pepe, sin vacilar, se acercó á ella y, en voz baja, con acento de sinceridad, la dijo:

—Señorita, esta vez no me ha traído la casualidad, sino la astucia; pero, si mi presencia la enoja, no volveré jamás á verla á vd. No necesita vd. decir una sola palabra: me bastará su silencio.... No nos volveremos á ver nunca.

Paz no desplegó los labios y, sin embargo á los ojos de Pepe se asomó toda la dicha de su alma. La señorita, la muchacha rica, escuchó aquello sin el menor movimiento de enfado, presa de una turbación deliciosa: él, entonces, la ofreció la mano y ella la estrechó rápidamente entre las suyas, sintiendo al mismo tiempo que se la enrojecía el rostro. Ninguna frase de todos los idiomas de la tierra hubiera podido ser tan elocuente como aquel sonrojo. En seguida salieron al despacho, sin hablarse. Cuando él se marchó, Paz corrió hacia su cuarto, se acercó á un balcón y, le-

vantando un poco el visillo, le vió desaparecer tras los troncos de los árboles del paseo.

La partícula de oro se había adherido al grano de arena: la corriente de la vida debía arrastrarlos juntos desde aquel día.

Don Luis permaneció en el despacho contemplando las cuartillas: "¡Si esto es un discurso!--murmuraba.--¡Si no hay más que añadir al principio: *Señores*, y al final: *He dicho!* ¡Ah! sí, y algo de relleno; unos párrafos... mi consecuencia, la lealtad al gobierno, la libertad, el amor á las instituciones!"

Era cosa resuelta; los taquígrafos tendrían que trabajar por causa suya.



## VIII

Por fin habló Don Luis. Al cabo de muchos años de silenciosa vida parlamentaria, el *Diario de Sesiones* imprimió su nombre, no sólo en el tipo común empleado para las votaciones, sino también en letras negrillas que saltaban á la vista, diciendo: EL SEÑOR AGREDA: *Pido la palabra.* Cuando leyó su nombre en los extractos de los periódicos, todavía sintió escalofríos de miedo. Al comenzar su discurso el salón estaba casi lleno, por la novedad de escuchar á un senador que dejaba de ser *monosílabo*; luego muchos oyentes se salieron á los pasillos; mas como la peroración fué corta, aun quedó número bastante para que no hiciera mal papel. En el banco azul permanecieron dos ministros. Pepe le